

la sonrisa de tu hija.

Sí,

las obsesiones viajan con facilidad de un continente a otro,
los espectros se desplazan al mismo ritmo que tú
—pues yo no tengo sepultada mi derrota—,
y al día siguiente
te despiertas en un lugar, desconocido,
rodeado de remordimientos puritanos y de soledades culpables.
Sin embargo,
los límites existen

(canción mexicana, escuchada a las 8AM:

«Me ha quedado sola. Te pido que me ayudes a pasar la noche
Aunque sé que eres su mejor amigo. Igual que él, voy a amarlo y
ser feliz. Esta noche, con su mejor amigo»).

Mas la precariedad es habitual en buena parte de las relaciones humanas

Yo canto la diferencia
que hay de lo cierto a lo falso.
De lo contrario no canto.

Y tú también piensas en las últimas tardes,
en la última mujer y en el próximo combate:
después sabrás que hay gentes
que tienen 680 libros en su biblioteca, los cuales jamás podrán leer.

J. R. P

TIZIANA MANUEL M. AZAÑA

LLueve sobre Venecia.

Plantado en medio del Puente Scalzi, Julio ve pasar las aguas del Canal, con aire ausente. A su lado reposa una maleta en la que, para sus efectos personales, ha puesto algunos recuerdos que se llaman de la ciudad, comprados en las tiendas de las callejuelas situadas a las espaldas de la Piazza San Marcos. Pero sabe que no necesita de ellos para no olvidar Venecia, porque sus verdaderos recuerdos están ahí, flotando a él, navegando en las aguas del Canal, huyendo como sombras por San Marcos, San Zaccaria, San Angelo o San Zampolo. Los recuerdos de Julio tienen un nombre: Tiziana.

La lluvia arrecia y Julio tiene la impresión de que el agua, al caer, arroja un eco de cementerios vacíos, de mármoles suntuosos que se hunden poco a poco, indefectiblemente, como una nueva Atlántida, hacia profundidades infinitas.

—Tiziana, —murmura en voz baja y siente un escalofrío en su corazón.

Pese a estar empapado, no se decide a terminar de cruzar el puente que ha de conducirlo a la estación Santa Lucia, en donde deberá tomar el tren para retornar a Madrid.

Por encima del ruido de la lluvia escucha dar las doce de la noche en los inmutables moros en bronce de la torre del reloj, en la Plaza de San Marcos. Da un paso adelante y se apoya en el pretil del puente. Sus ojos buscan ávidos el oscuro canal, como si quisiera percibir en su fondo el alma de Venecia...

★ ★ ★

La lluvia la ha sorprendido atravesando el Puente Rialto. Después de tres días maravillosos de sol, Venecia quiere dejarle el recuerdo de su tristeza. Blanca se refugia en el arco central del puente a esperar que la lluvia escampe. Acodada en el pretil, contempla el espectáculo del canal

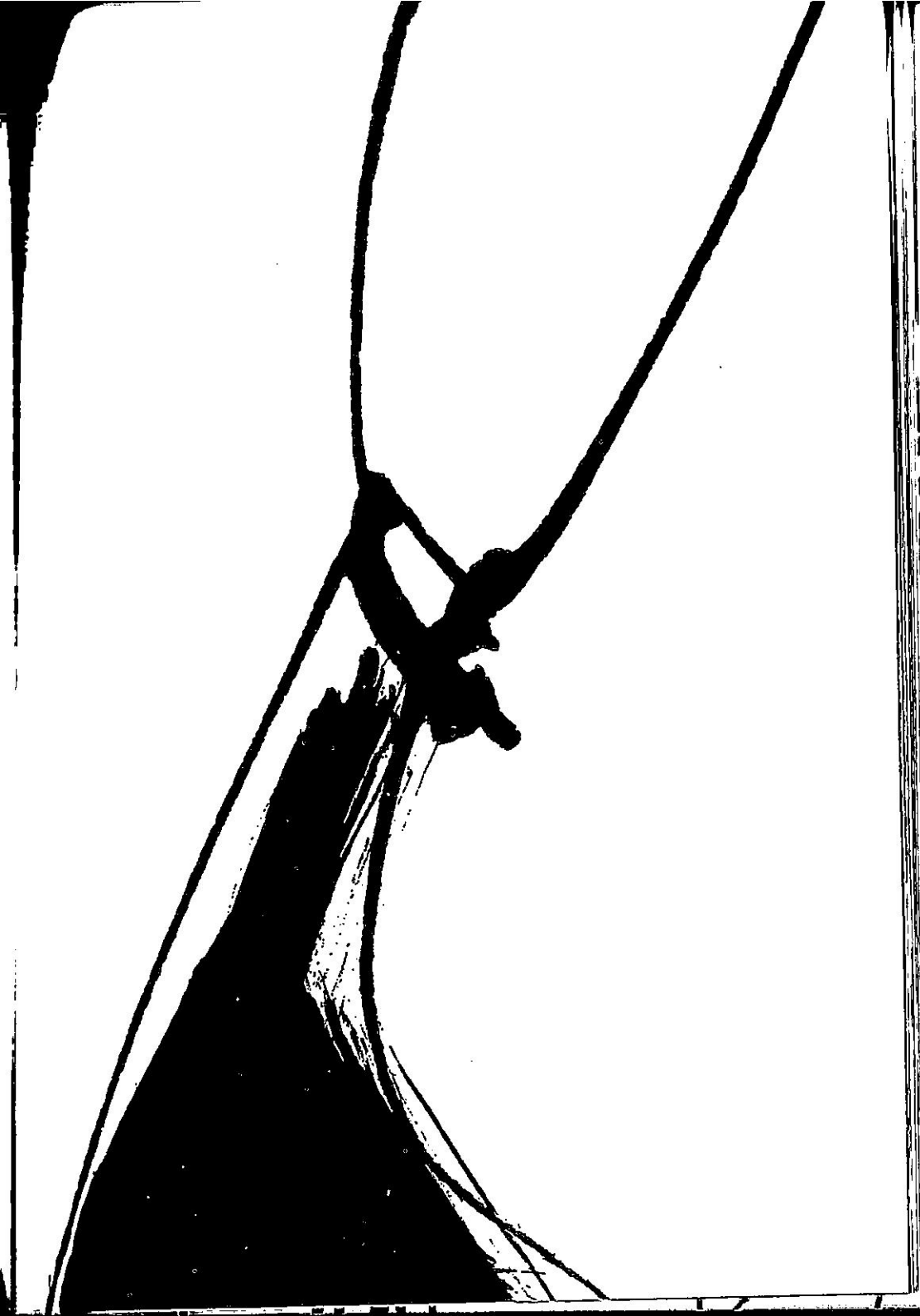
poblado ahora de miles de diminutas montañas que surgen y desaparecen ininterrumpidamente, al compás del aguacero.

De pronto se da cuenta de que, esta tarde, por vez primera, sintió en su cuerpo esa extraña impresión que durante tres días la había perseguido sin cesar; como si unos ojos invisibles la vigilaran continuamente entre la multitud que pulula por Venecia, en los museos, en las iglesias, en los cafés de la Piazza... Mil veces se ha vuelto en busca de esos ojos que presiente, sin llegar a descubrirlos. Blanca no ha reconocido esa impresión; al contrario, ha deseado sentirla, la ha llamado y, en ocasiones, ha acudido a su llamada envolviéndola en una especie de abrazo acariciador que, sin llegar a tocarla, ha dibujado la forma de su silueta, formando a su alrededor como una segunda piel, dentro de la que se protegía la suya propia. Era una sensación turbadora que su cuerpo aceptaba plazeramente. Tal vez la única sensación tan agradable en aquella ciudad en la que sus habitantes masculinos se empeñaban continuamente en demostrar su pericia con las manos y su inacabable cortesía barata. Esa mirada venía de unos ojos, pero ¿dónde estaban esos ojos?

—Tal vez en el fondo del canal, murmura mientras trata de penetrar con la mirada en el fondo de las aguas.

* * *

La primera vez que la vio fue en la Plaza de San Marcos, entre un zureo de palomas y un revolotear de halcones. A su lado se sentaba un joven barbudo que la hablaba sin cesar mientras ella, con la mirada perdida hacia la basílica, le escuchaba distraída. Un sol espléndido invadía las fachadas de la plaza poniendo de relieve más aún, si cabe, la belleza de los frescos de la basílica, destacando en el azul del cielo la esbeltez de sus agujas y cúpulas y arrancando destellos de los cuatro caballos de bronce. Julio, desdeñando la belleza arquitectónica que se ofrecía a sus ojos, permaneció inmóvil a unos metros de Blanca, sintiendo que su corazón latía más deprisa. Lentamente y a distancia prudencial, rodeó el lugar en donde estaba sentada y fue a colocarse a su espalda, en una de las mesas vacías del café. Según iba pasando, Julio, no podía quitarle los ojos de encima y su mente, como una cámara fotográfica, captó en rápida instantánea la figura de la desconocida. Reconoció el rostro que durante horas y horas había contemplado en el Museo de Oficios de Florencia, aislado de todo lo que no fuera el gozo de aquella belleza: el rostro de la desconocida era el mismo que el del maravilloso cuadro del Tiziano, cuya contemplación había alterado el



pulso de Julio. Los mismos ojos oscuros y profundos, casi rasgados, separados por una nariz fuerte pero armoniosa; los mismos labios carnosos, un tanto plegados no se sabe si en una sonrisa de anhelo o un rictus de desencanto... La desconocida hacía girar distraidamente en su mano derecha un ramillete de flores diminutas, obsequio tal vez de su acompañante, mientras la izquierda permanecía indolentemente apoyada en su pubis. Julio adivinó la voluptuosidad de aquel cuerpo maduro y firme bajo la ligera ropa veraniega y el recorrerlo con la mirada observó que sus piernas estaban cruzadas a la altura de las espaldas.

—No hay duda; —se dijo mientras sentía que el corazón le saltaba locamente en el pecho. Es ella: la Venus de Urbino. Solo que sentada—, sonrió.

Instalado ya en su mesa, vio que los rubios cabellos de la mujer caían en cascada ocultándole el cuello y que una fina trenza atravesaba su cabeza de oreja a oreja, dejando al descubierto dos perfectos y diminutos lóbulos.

La desconocida se inclinó hacia su acompañante musitando unas palabras y la cascada de rubios cabellos al desplazarse descubrió una parte del cuello que, herido por la luz del sol, produjo en Julio un escalofrío de emoción.

—El mismo cuello esperando la caricia o el beso...— Y su mano trazó en el aire la fina silueta de aquel cuello que, durante tantas horas, había estado contemplando en el lienzo florentino.

Como si le hubiera oído, la desconocida se llevó la mano al cuello. Julio presintió que iba a volverse y desvió rápidamente la mirada. Ella se volvió en efecto y Julio, por el rabillo del ojo, observó en su rostro un gesto de extrañeza.

—La Venus de Urbino en Venecia. Pero ¿cuál será su nombre? — Y su imaginación desbordante le dio una respuesta que le parecía ideal:

—Tiziana, —murmuró—. ¿Cuándo se mueva, le encontraré algún defecto?

Como si de nuevo le hubiera escuchado, la mujer se levantó echando a andar, seguida de su acompañante. Julio contempló su grácil caminar y le pareció que San Marcos se llenaba del eco de mil orquestas armoniosas. Sus pasos eran menudos y ágiles y sus caderas se movían acompasadas, sin provocación, justo lo necesario para atraer la admiración de las miradas masculinas.

Julio reaccionó, dejó unas monedas sobre la mesa y movido por un súbito impulso, se fue tras ellos.

* * *

Blanca, apoyada en el pretil del Puente Rialto, ha estado evocando los lugares en los que sintió la extraña sensación de ser observada por unos ojos invisibles. La primera vez fue en San Marcos, luego en Santa María de la Salud, en la Basilica, en el Palacio Ducal, en el Puente de los Suspiros, en el Ca D'oro, en Santa María de los Frailes, en la puerta de su hotel... Donde más cerca la había sentido fue en el Palacio Ducal, en el inmenso salón del Consejo, mientras contemplaba los cuadros de Tintoreto y Veronés. Pero había tal cantidad de gente que resultaba imposible localizar al autor... si es que existía.

* * *

Fue en el salón del Consejo del Palacio Ducal donde Julio, aprovechándose del tumulto, se colocó junto a la que él llamaba Tiziana. Altrémose paso entre el enjambre de visitantes llegó incluso a rozar con su brazo el brazo de Blanca. Tres días duraba ya aquella persecución y, durante ese tiempo, el acompañante de Tiziana no se había separado de ella. Julio no había conseguido abordarla. En más de una ocasión estuvo a punto de hacer caso omiso del hombre que la acompañaba, pero un extraño pudor se lo había impedido. Estaba seguro que Tiziana le amaba sin conocerle. Lo había leído en sus ojos cada vez que, presintiéndole, se había vuelto a buscar aquella mirada que sin duda la turbaba. Cada momento que transcurría se sentía más desesperada. Al día siguiente tenía que tomar el tren de vuelta y su sueño, —¿su sueño?— se desvanecería como una pompa de jabón.

* * *

—¡Tiziana!...

Esta vez no fue un susurro, sino un grito desesperado, el adiós a un imposible, a un sueño que se desvanecía. El grito salió de la garganta de Julio y fue a hundirse en las aguas del canal que lo arrastraron rápidamente, mientras el eco del mismo se perdía hacia los tejados de las casas, atravesando la cortina de agua, extendiéndose por el silencio de la noche.

Julio sintió que sus manos se desacían del pretil y que, impulsado por una fuerza desconocida, comenzaba a correr. Atravesó el puente hacia el Palacio Foscari, sin hacer caso de la lluvia y corrió desesperadamente a lo largo del muelle del canal San Giocomo. En su mente, el nombre de Tiziana era la meta; sus pies le llevaban instintivamente hacia el campo San Polo.

Blanca oyó salir el grito del fondo de las aguas del canal. El nombre de Tiziana la envolvió con la misma cálida caricia de los días invisibles y adivinó que ese grito le estaba destinado. ¿Por qué me iba a correr instintivamente? No podía explicarlo, pero se sintió atraída hacia la otra parte del puente y pronto pasó ante San Giacomo corriendo a todo correr, atravesando callejuelas y canales en dirección al Campo San Polo.

* * *

Julio y Blanca desembocaron al mismo tiempo en Campo San Polo, por extremos opuestos, sin dejar de correr el uno hacia el otro atraídos por la misteriosa fuerza que les había conducido hasta allí. Julio vio como los brazos de Blanca se extendían hacia él.

—¡Tiziana!... gritó.

Y en el mismo instante en que sus brazos iban a encontrarlos, la violencia de un trueno dejó en la oscuridad el Campo San Polo haciéndolo estallar como una inmensa pompa de jabón.

* * *

Había dejado de llover. Julio cogió su maleta con un gesto de resignación y se dirigió hacia la estación, cruzando el puente Scialoja.

* * *

Había dejado de llover. Blanca terminó de cruzar el puente Scialoja y se dirigió hacia su hotel.

* * *

Un tren entra en la estación de Madrid. En su compartimento, Julio piensa en Tiziana.

* * *

Un avión aterriza en Madrid. En su asiento, Blanca piensa con tristeza en unos ojos desconocidos.

* * *

Pero hace un sol de esperanza en esta tarde de agosto de 1980.

II, NACIMIENTO DE VENUS

JULIO VELEZ

A Luchino Visconti, Dick Bogarde, Thomas Mann y Gustav Klimt.

A Friedrich Hölderlin y a la buhardilla del carpintero Zimmer.

A Susana, fiorentina, casualidad o magia, embarazo de este mundo.

A Manolo, primer lector imaginario.

A lo largo de mi niñez ya lejana siempre tuve necesidad de inventarme prodigios para poder conciliar el sueño. En rara ocasión mi imaginación era compartida con las agresiones que, muy posiblemente, me impulsaban a esa especie de venganza inocente. Bastaba acurrucarme entre las mantas y doblar las piernas como un ovillo para empezar a ver el mundo de otra manera. A veces, los anacronismos más increíbles parecían de importancia. Yo siempre era mayor; mis padres, al contrario, tenían la misma edad y podía bajar en paracaídas para encontrarme con Robín de los Bosques siendo éste un Caballero de la Tabla Redonda, o bien con Lancelot o Arturo como compañeros de Alonso Quijano.

Durante mi juventud estas historias no decrecieron, mas al contrario podría afirmar que se incrementaron. Como sólo en contadas ocasiones me servían la realidad y lo cotidiano, me veía obligado a inventarlos de nuevo. En la época de mis estudios universitarios esta disposición fue realmente alarmante. Mas tarde, y en el entierro de mi primera mujer, lloré de un modo parecido a como ya lo había imaginado repetidas veces. E igual me ocurrió la primera vez que besé a Iulia al poco de morir Teresa. Solo con la muerte de Iulia empecé a alarmarme. Pero me tranquilicé pronto: a mis confidentes les ocurría algo parecido. Todo esto ha provocado en mi persona una predisposición a los espacios ténues; a las penumbras del alma y los sentidos. Y ahora con sesenta y tres años, tan habituado a inventarme los sucesos, ocurre que son los acontecimientos los que me inventan y me descubren mundos sumer-